

## Quinto Domingo de Cuaresma (A)

### PRIMERA LECTURA

*Os infundiré mi espíritu, y viviréis*

#### **Lectura de la profecía de Ezequiel 37, 12-14**

Así dice el Señor: – «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel. Y, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío, sabréis que soy el Señor. Os infundiré mi espíritu, y viviréis; os colocaré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago.» Oráculo del Señor.

**Sal 129, 1-2. 3-4. 6. 7-8 R/ Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa**

### SEGUNDA LECTURA

*Cristo Jesús vivificará vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros*

#### **Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 8-11**

Hermanos: Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Pues bien, si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justificación obtenida. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

### EVANGELIO

*Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá*

#### **Lectura del santo evangelio según san Juan 11, 3-7. 17. 20-27. 33b-45**

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro mandaron recado a Jesús, diciendo: – «Señor, tu amigo está enfermo.» Jesús, al oírlo, dijo: – «Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.» Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: – «Vamos otra vez a Judea.» Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: – «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.» Jesús le dijo: – «Tu hermano resucitará.» Marta respondió: – «Sé que resucitará en la resurrección del último día.» Jesús le dice: – «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» Ella le contestó: – «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.» Jesús sollozó y, muy conmovido, preguntó: – «¿Dónde lo habéis enterrado?» Le contestaron: – «Señor, ven a verlo.» Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: – «¿Cómo lo quería!» Pero algunos dijeron: – «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?» Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: – «Quitad la losa.» Marta, la hermana del muerto, le dice: – «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.» Jesús le dice: – «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: – «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.» Y dicho esto, gritó con voz potente: – «Lázaro, ven afuera.» El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: – «Desatadlo y dejadlo andar.» Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

## Muerte y vida nueva

La Cuaresma es un camino, sí, empinado y estrecho, pero que lleva a la vida. Los jalones de este camino nos hablan continuamente de esa vida que Dios nos regala en Cristo Jesús. El agua del Bautismo (en el Evangelio de la samaritana) nos lleva a la luz (y, como al ciego de nacimiento, nos permite ver al Mesías) y a la vida nueva del Resucitado. Muerte y vida son los ejes de este quinto domingo de Cuaresma, ya a las puertas de la Semana Santa.

Desde un punto de vista natural, caminamos indefectiblemente hacia la muerte. La vida es una “enfermedad mortal”. Pero Dios, por boca del profeta Ezequiel, promete a Israel que los sacará de sus sepulcros para llevarlos a la vida. Si la vida es un movimiento hacia la muerte, Dios nos anuncia el camino inverso: nos quiere conducir de la muerte a la vida, haciendo así justicia (por pura gracia) a nuestra voluntad natural de vivir siempre, y vivir en plenitud.

La muerte no es sólo el hecho biológico del final de la vida. Es posible estar muerto en vida, y es a esto a lo que, en principio, se refiere Ezequiel. Dios nos saca de nuestros sepulcros en vida y nos lleva a la vida nueva por medio del Espíritu, como nos recuerda Pablo. Él mismo nos dice que vivir en la muerte y para la muerte es vivir en la carne. No significa esto que “la carne” sea mala: la realidad material, la comida y la bebida, la riqueza, la sexualidad, etc., todo eso son “bienes” y no males. Pero vivir en la carne significa poner toda nuestra voluntad de vida y toda nuestra confianza en ellos, poner todo el sentido de nuestra existencia en su consecución. Cuando hacemos así caminamos indefectiblemente hacia la muerte, y hacemos de nuestra vida una enfermedad mortal, porque esos bienes son de por sí caducos: son realidades creadas, limitadas a la dimensión del espacio y el tiempo (la carne), y nos sirven para vivir en este mundo, pero no pueden librarnos de nuestra limitación temporal. Nos sirven y podemos y debemos servirnos de ellos, pero no debemos convertirnos en sus servidores, idolatrándolos, sacrificándoles lo mejor de nuestra existencia, nuestra propia dignidad y los valores superiores ligados a ella, como la verdad, la justicia, la honestidad...

Cuando establecemos una justa relación con la carne, entonces nos abrimos a la acción del Espíritu de Dios, que ha creado todas esas cosas buenas, y nos ha creado a nosotros para que nos sirvamos de ellas, y haciendo así, lo sirvamos y amemos a Él, sirviendo y amando a nuestros semejantes. Precisamente en el uso adecuado de los bienes materiales, como medios para servir y amar a nuestros hermanos, les damos un significado trascendente y espiritualizamos la carne.

Lázaro, su muerte y su vuelta a la vida, es un perfecto icono de esta nueva vida en el Espíritu que es la vida en Cristo.

Lázaro es un amigo de Jesús. Cristo es amigo de Lázaro como lo es de cada uno de nosotros. Pero su amistad a veces nos parece distante, lejana, poco pronta a acudir en nuestra ayuda cuando se lo pedimos. Cristo no es un “dios tapagujeros”, no nos ahorra el vértigo y el riesgo de la libertad y la autonomía. No ha venido como talismán para sacarnos de los aprietos de nuestra vida en la carne. En su libro *La enfermedad mortal* Kierkegaard empieza citando el versículo 4 del Evangelio de hoy: “esta enfermedad no es mortal”, pese a que Lázaro, por la tardanza de Jesús, acabó muriendo. Es claro que Jesús habla de otra muerte que la biológica (aunque la incluya) y de otra vida, que la vida en la carne (aunque no la excluya). Y es que Jesús no ha venido a resolver los problemas y apuros de nuestra vida mortal, para los que Dios nos ha equipado con la libertad y la razón. Es verdad que en este ámbito se producen a veces milagros, pero estos son, en realidad, como dice el Evangelio de Juan, “signos” de la salvación en sentido radical. Jesús ha venido a rescatarnos de la muerte propia de una vida en la carne y a abrirnos la perspectiva de la vida nueva de la resurrección. Lázaro muerto es el icono de esa vida en la carne, de un estar muerto en vida, aislado (en la oscuridad de un sepulcro), paralizado (por vendas que impiden andar), rodeado de malos olores que delatan una vida devaluada.

Jesús manifiesta su amistad precisamente en esta situación de muerte. Los verdaderos amigos se muestran en los malos momentos. Se compadece y llora por la deplorable situación de su amigo (cf. Job 1, 12), acude a su encuentro, no le arredra ni la oscuridad, ni la pestilencia que lo rodean, lo reconoce, lo llama por su nombre, le retira la vergüenza que cubre su rostro, lo libera de las ataduras que le impiden caminar, lo introduce en la vida nueva.

Se puede oponer que Lázaro era un buen hombre pues, aunque poco sabemos de él, sí sabemos que era hermano de Marta (el servicio) y María (la contemplación). Pero, todos somos, más o menos, buenas personas, y, sin embargo, todos nos reconocemos pecadores. Alejados de Jesús, todos estamos privados de la vida nueva de la resurrección, que, en él, ya opera en nosotros por medio del agua del bautismo y la luz de la fe, de su Espíritu, que es el Espíritu del amor.

Creemos que Dios, por el Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos, vivificará también nuestros cuerpos mortales. Pero este Espíritu ya habita en nosotros. Por eso, ya ahora en esta vida, podemos experimentar la vida nueva de la resurrección, si pese a vivir en la carne, no vivimos sujetos a ella, sino sujetos al Espíritu, que nos libera de las ataduras de la muerte e inspira en nosotros las obras del amor.